

GUIDO GOZZANO

Por NORMA YOKOHAMA

CADA generación posee una actitud que le es propia, una capacidad receptiva distinta, una sensibilidad especial, que la hacen diferir en todos los rasgos que la caracterizan, de la generación precedente. Por eso reacciona de una manera u otra, y al mismo tiempo, ofrece un cambio en el panorama histórico-literario, una substitución de épocas en el incesante devenir de la vida. Sin saber cómo esa nueva generación se siente como fatigada por las tendencias de los que le precedieron en el tiempo. Lleva en sí un gesto de renovación, un enfoque "nuevo" de la inmensa realidad, y de sus filas surgen generalmente los vates que han de proclamar, como heraldos, ese nuevo sentir de la época.

En Italia, en el plano meramente literario, se produce esta mutación de valores a principios de este siglo. La manera áulica y viril de Carducci, el exquisito refinamiento de Pascoli y el retoricismo sensual de D'Annunzio habían producido un lánguido cansancio en los espíritus insaciables. La nueva generación se rebela. Gozzano, fué el primer poeta a quien le cupo la honra de haber cristalizado una pequeña parte de la nueva modalidad. En Milán, durante 1911, apareció un conjunto de poesías y poemas reunidos bajo el nombre de "Los coloquios" (I colloqui). ¿Sus resultados? Una rápida consagración de su autor en todos los círculos y cenáculos literarios de Italia. Era Guido Gozzano, un joven de veintiocho años, el que había agitado a los amantes de la lírica. Una prueba más de la existencia de un ritmo histórico-literario, quizá de un movimiento pendular en las letras, es la reacción ésta, operada por la poesía de Gozzano, reacción que va di-

rectamente contra la manera épica y grandiosa de Carducci, Pascoli y D'Annunzio, los creadores de un mundo encantador, heroico y fantástico.

Su poesía es de verdadero contraste con la anterior. Es poesía microcósmica, humilde, sencilla, sin rebuscamientos visibles. "Los dos caminos" (*Le due strade*), "Elogio del amor de las criadas" (Elogio degli amori ancillari), "La señorita Felicitas, o bien La Felicidad" (La signorina Felicita, ovvero La Felicità). "La amiga de la abuela Esperanza" (L'amica di nonna Speranza) y "Cocotte" gozan de la virtud de llegar a ser indelebles, aun para el que las leyere una sola vez. Son poesías que fascinan y encantan porque se traducen con efectos que tienen poderosa fuerza interna. Debajo de una indolencia irónica y triste, detrás de un mohín que aparenta ser un dejo de sonrisa, se transparenta el abatimiento de su alma, la anulación de una vida intensa, abrasadora y tumultosa. Gozzano nos muestra el alma de las cosas, aún de las más insulsas e insignificantes; simpatiza con "las buenas cosas de pésimo gusto", descubre el encanto oculto bajo una visible sosería. La vida, el amor, su mismo ser, todo, está como empañado por su sentir lánguido y decaído.

Un hálito de caridad y de sufrimiento se compenetra con la espontaneidad sentimental de sus versos. Son flexibles y artísticos, a menudo triviales, pero con ese toque mágico y refinado de gracia exquisita.

Toda su poesía es revelación de la emoción íntima de su alma. A veces aparece como arte plástico, con perfiles esfumados pero realístico, con trazos claroscuros y colorido atenuado, pero certero; a veces pretende rivalizar con la música y sus matices etéreos y sutiles.

Al celebrar su desencanto y sus anhelos, nos muestra también su escepticismo y su esplín. El dolor parece desgarrarle el corazón "Venticinque anni... Sono vecchio, sono vecchio!" Veinticinco años... Soy viejo, soy viejo! Pasó la primera juventud, su gracia me ha abandonado! Es el exclamar supremo del joven poeta atacado por una durísima enfermedad: la tisis. Tisis del cuerpo y quizá también del alma... El mismo dolor de la vida parece abrumarle, sofocarle. Pero su espíritu es asimismo flexible y dócil, de ahí que le sea posible el renacer de la esperanza.

*Vedevo questa vita che m'avanza:
chiudevo gli occhi nei presagi gravi;
aprivo gli occhi: tu mi sorridevi,
ed ecco rifioriva la speranza!*

“Veía esta vida que me acomete: cerraba los ojos ante los graves presagios; abríalos: tú me sonreías, y he aquí, que renacía la esperanza”! (La signorina Felicita, III). Su posición escéptica y melancólica le lleva a la meditación, a la confesión de sus íntimas emociones. “Los dos caminos” señalan vivamente esta posición. La alegría de vivir de la “bimba” Graziella se contrapone al ánimo triste y deprimido del abogado. Es la vida que todavía no se ha desilusionado y es la vida que ya se ha desengañado, y que busca, entonces, la felicidad... La evocación melancólica es también la nota predominante en “La signorina Felicita”, “señorita casi fea, privada de encanto”.

Lo pequeño, lo insignificante, lo que a muchos pasa inadvertido, se traslada en la poesía de Gozzano, a primer plano. Se convierte en dulce satisfacción momentánea el estar silenciosamente en la cocina con la “señorita Felicitas”, junto a las ruidosas ollas, el sonar hueco de los platos y la acritud de los olores de las aguas servidas. “Las buenas cosas de pésimo gusto!” Las cajitas sin confites, las frutas de mármol, los daguerrotipos, los cofrecitos hechos de valvas, estampas y algunos raros juguetes pequeños le ofrecen una atmósfera adecuada para esbozar y revivir al ambiente imaginario que le sugiere una vieja fotografía del “milochocientoscincuenta”.

El gusto que le proporciona el silencio o la canción monótona de un grillo sirve de mareo a la confesión que nos hace un fuerte adorador de sí mismo, disipado, y al que sofoca el hastío y la infelicidad de la vida. Siente nostalgia de todo aquello que no posee; añoranza de días modestos y siempre iguales como los que vivía la “signorina Felicita”, a quien la cándida ignorancia ayudaba a extasiarla en el vano discurrir del poeta; la admiración de la joven es tanta como su incompreensión, pero el hechizo mana de la sencillez, de su ignorancia. Apenas vislumbra la felicidad. Proclama con desazón la esterilidad de su vida, el sueño de su vida y, hasta la vergüenza de ser poeta, para luego exclamar: “¡Ed io non voglio piú essere io”! Y yo no quiero ser más yo!

Pero esta “voluntad” se convierte en voluntad de acción; el trágico no querer ser se transforma en anhelos de viajar, de viajar

para huir al viaje eterno. "Viaggio per fuggire altro viaggio".

La desilusión de la vida, su desapego por ella se perfilan por entre las contradicciones ingeniosas, el juego del amor, el amor sin pasiones, sin dramaticidad. Y a pesar de todo ello, su poesía se conmueve por un sentimentalismo muy profundo, tembloroso y patético. Por otra parte, alterna con una sensibilidad mesurada, cierto romanticismo que se desahoga inesperadamente en sueños de felicidad perdida o nunca alcanzada, en el exhausto peregrinar por el mundo, en la angustia que experimenta al buscar el amor, búsqueda inefable y desconsoladora. Y mientras que a lo lejos, el devenir le aparece como si describiera enigmáticamente una curiosa cabriola entre burlona y trágica, la muerte, su musa más asidua y que podría ser su única consoladora, sólo se le muestra "sdegnosa, taciturna ed incompresa", desdñosa, taciturna e impenetrable. ("Torino").

En "Cocotte" recuerda, como en un ensueño, el beso ardiente que a los cuatro años recibiera de una "cocotte, los confites que ella diera para halagar su boca infantil, y sus caricias vagarosas, caricias y miradas que se esfumaban en "un vano sueño de maternidad"... Con maestría encantadora va describiendo cada instante, cada sentimiento, cada situación, y ahora, a los veinte años, se debate afligido y anhelante para volverse a soñar, así pequeñito e inocente, hablando con la "cattiva signorina" a través de la empalizada, entre verbenas florecientes. Y la llama en vano. Quiere ahora amarla, acogerla con su espíritu saciado, resurgir en el tiempo lejano.

"Totó Merúmeni" parecería ser su autorretrato. "Es el verdadero hijo del siglo nuestro". La tristeza, la angustia, el tedio y la melancolía le atropellan sin cesar, como si quisieran llenar la vaguedad de su espíritu. El ver correr los años, el no poder amar más que pálidamente, su espectación desilusionada, todo, no le ofrece sino una vida desconsoladora. ¿Cómo poder cazar en el Tiempo y en el Espacio lo evocado en un solo instante? ¿Por qué desesperarse de la Nada si llena el vacío con sus sonoras palabras de poeta? ¿Es frívolo, mundano, trabajador, escaso de moral? Lo es, pero en él también hay destellos de consolación:

*"Así Totó Merúmeni, después de tristes vicisitudes,
casi es feliz.*

Y vive. Un día nació. Un día morirá.

¿Moderno, neo-romántico, clásico? Gozzano casi lo es todo. La impresión y la sensación que nos producen ciertos versos suyos, son de las más diversas. Unos gozan de profundidad, otros de ligereza; versos que son ya descriptivos, ya sensitivos; tanto nos llaman a la eternidad como al relampagueo de un momento. Tienen naturalidad, sencillez y poesía.

*La Luna, prigionera fra le sbarre,
imitava con sue luci bizarre
gli amanti che si baciano in eterno,*

—(La signorina Felicita)

“La Luna, prisionera entre las barras, imitaba con sus luces bizarras a los amantes que se besan en la eternidad”.

A veces es tajante y glacial. Su soledad parece despertarle un anhelo de contemplación interior.

*No vivo. Solo, indiferente, aparte,
sonrío y observo mi propio vivir.*

El ritmo de los versos es armonioso, musical, fluctuante. Y más aún, produce junto al sentido de las palabras los efectos más inesperados y poéticos. Así resuenan los versos plenos de sentimiento irónico, lánguido, anheloso y dolorido de un hombre que ni siquiera ha gozado de la gracia y de la alegría que proporciona la salud física y moral. Con amargura confiesa un noble deseo: ¡“Y que él sea aquel ser feliz que yo no fui”!

Su martirio no fué muy prolongado. Sólo sobrevivió cinco años a la publicación de “I Colloqui”. A los treinta y tres años, la tisis puso fin a su vida desdichada.

La poesía de Gozzano es vigorosa en personalidad. Solamente esto le bastó para ingresar en la galería de los poetas modernos italianos.

En cuanto a nosotros podemos asegurar que es inolvidable, puesto que su poesía nos ha herido con ese don especial que hace que las cosas como ella permanezcan para siempre.

Norma Yokohama.